

Trabajo de demandadera en la Prisión Provincial

Josefa Paz escondió a cientos de «escapados» en el «burato» de su casa de Orillamar y hoy recoge papeles por las calles de La Coruña

La Coruña (Redacción, por María do Carme Cotel). Josefa Paz Precedo merecería el papel protagonista en una buena película o ser el personaje central en un «best seller» que todavía no se ha escrito. Por gracia o por desgracia, vive en el más completo anonimato, sin ningún tipo de agradecimiento por los servicios prestados a «fuxidos» y «guerrilleiros» en el período que va desde el mismo momento del Alzamiento, hasta 1975. Josefa nació en Altamira-Cambre y llegó azarosamente a demandadera en la Prisión Provincial coruñesa. Desde ese puesto pasó, en los «años difíciles», a ser uno de los principales contactos y puente de salvación para cualquier perseguido por las especiales circunstancias que se estaban viviendo. Fueron cientos los escapados que tuvo escondidos en el «burato» de la casa que habita desde hace 60 años, en la calle Orillamar, 17. El secreto del escondrijo, fortaleza no vencida ni por los policías más sagaces, se lo llevará con ella a la tumba.

Se jacta de que nunca capturaron a ninguno de sus auxiliados, a pesar de que fue detenida en 1947 y sometida a consejo de guerra por «ayuda a bandoleros», del que fue absuelta. De sus 20 años de trabajo en la cárcel no queda ni rastro burocrático. Por eso no puede cobrar una pensión y vive de las 14.000 pesetas de la Beneficencia y de la recogida de papeles y cartones.

La definitiva cimentación de su ideología republicana y comunista le vino de la mano de su segundo marido, José Otero. Puede decirse que él era el teórico y ella, la práctica. De tal sigilo rodeaba sus actividades, que el lugar del escondite se lo descubrió a su compañero pocos días antes de que la muerte se lo llevara, hace ahora cuatro años. Josefa tiene un retrato de Pablo Iglesias en la pared, además de otras fotos de los actuales dirigentes del PC. Y sigue defendiendo sus ideales con la gran vitalidad que aún conserva a sus 79 años.

Demandadera en la prisión

Josefa fue toda su vida de rompe y rasga. Conserva la fotografía familiar, con sus tres hijos ya talluditos, sobre una repisa en marco plateado. Presenta a una morena de gran belleza y el carácter asomándole en las líneas del rostro.

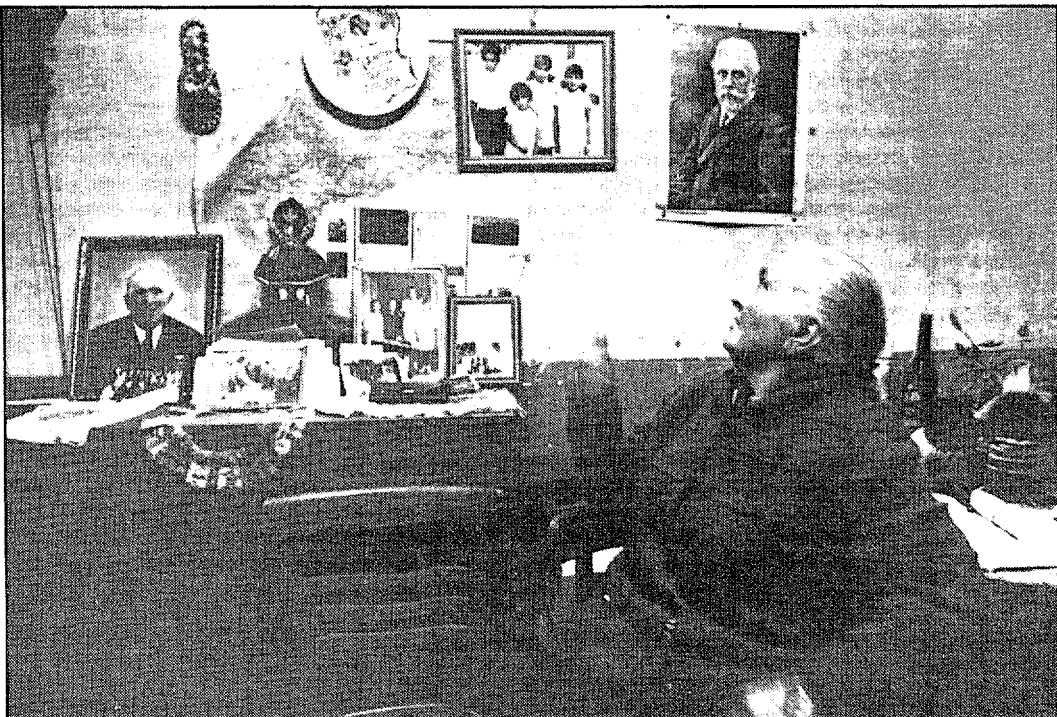
A los 14 años ya demostró de lo que era capaz. Fue al baile a Taboao, con un permiso paterno no muy claro. Cuando regresó, su padre la recibió con un tremendo bofetón, por lo que aquella misma noche recogió sus cosas y se fue a la casa de una tía suya, en la misma calle en que vive ahora.

Poco después entró a servir en la pensión «La Ferrolana», en Riego de Agua. De esta forma trabó conocimiento con oficiales de la prisión que se hospedaban allí.

Un día, uno de ellos intentó «intimar» con ella, pero no tuvo tiempo nide insinuarlo, disuadido por una navaja que Josefa aún lleva encima. Con esto le quedó claro a la oficialidad que nadie desempeñaría mejor el cargo de demandadera de la prisión que Josefa Paz.

Le pagaban diez duros al mes por hacer lo que le mandaban, ya fuera ir a la Audiencia, a Correos o de compras. Recuerda que llegó a cargar sobre su cabeza cestas de hasta 60 kilos.

El director del centro —una bellísima persona, según Josefa— se dio cuenta del tremendo esfuerzo que realizaba y puso a su servicio una furgoneta con



Josefa Paz vive sola, rodeada de recuerdos y de fotografías en las que coexisten viejos dirigentes, como Pablo Iglesias, y políticos de actualidad, además del retrato de su marido y otros testimonios de su dura vida, próxima a los 80 años

un chófer asturiano que se llamaba Benjamín. Como el rapaz andaba en amores con alguna moza, casi siempre se hacía el remolón. Un día en que Josefa se cansó de esperarlo, tomó los mandos de la furgoneta y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se fue desde San Andrés hasta As Xubias. Para conducir no tuvo dificultades. Lo peor

fue detener el vehículo. No recuerda cómo, pero lo hizo.

En este tiempo se casó con José Rodríguez Vilariño, padre de sus tres hijos. Se separaron «de facto» al cabo de un tiempo, por causas de las que no quiere hablar, aduciendo lagunas de memoria.

Detenida y procesada

En esto llegó el Alzamiento. Conoció a José Otero, que era el responsable del Partido Comunista en Ortigueira, en cuyo ayuntamiento trabajaba. Un día colocó a la entrada un cartel exigiendo a los campesinos que no se arrodillasen cuando acudiesen a arreglar algún asunto a la Casa Consistorial. Por este motivo, lo detuvieron y lo llevaron, junto con otros, al cementerio, para fusilarlo.

Pero huyó y, tras varios días de vagar por los montes, llegó a La Coruña, donde se le unieron más tarde su mujer y sus hijos. Montaron una tienda de ultramarinos, en la calle Orillamar, y a raíz del trato que establecieron él y Josefa, se iniciaron las arriesgadas labores de socorro. Más tarde, José Otero se marcharía a Cuba con los suyos de

donde regresaría, poco después, solo y viudo, y se uniría en matrimonio a Josefa, también viuda.

A pesar del cuidado que ponían en sus actividades de auxilio a perseguidos, Josefa fue detenida y juzgada en consejo de guerra. Después quiso reincorporarse a su trabajo en la prisión, pero se lo impidieron.

Malviviendo

A partir de entonces se las arregló para seguir viviendo de un puesto de fruta, primero en la puerta de su casa y luego, en el mercado de San Agustín. Al poco, enfermó de diabetes y tuvo que abandonar su tenderete porque una de las heridas no terminaba de curar y amenazaba con dejarla sin una pierna. Su marido tampoco tenía pensión alguna, por lo que se vieron obligados a recurrir a la Beneficencia que les asignó una paga de 1.500 pesetas a cada uno. Así fueron malviviendo, hasta que Otero falleció.

Ahora brega ella sola. Le pagan el kilo de papel a 2,50 pesetas. En un día saca para ir comprando la fruta.

«Refugiado» en la cárcel de Ordes

Josefa mantenía a los escapados el tiempo que a ella le parecía prudencial en el «burato». Luego, los sacaba de uno en uno, por ejemplo, con un brazo vendado, y los conducía en coche, en trole o en burro, a la aldea, a algún refugio de confianza. Los colocó en la casa paterna de Altamira y en A Cabana, del Municipio de Cambre, en Montouto—Herves y en sitios que ya no le acuden a la memoria, para que se restableciesen de la «enfermedad». A su hermano Manuel, que también se vio en apuros, prefirió no tenerlo en casa y lo ingresó en la cárcel de Ordes, como preso preventivo. Salió después de cumplir su peculiar «condena», cuando su seguridad ya no peligraba.

Hubo noches en que la Guardia Civil llamaba a su puerta de hora en hora. Con ese sobresalto vivió todos esos años, hasta 1967, en que la Policía realizó el último registro. Muchos de los que ahora ocupan cargos políticos en partidos de izquierda y sindicatos podrían relatar con detalle las horas pasadas en el «burato» de la casa de Josefa.

lo último de la moda en

Venta a plazos
con nuestro
**SERVICIO
CREDIPIEL**

PELETERIA Y NAPA

**galerías
maría pita**

San Andrés, 89. La Coruña